
DRAGÓN

DRAGÓN

JULIÁN CIOCIA

 OYD | EDICIONES

Ciocia, Julián
Dragón / Julián Ciocia. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Eliana Galanda, 2019.
232 p. ; 21 x 15 cm. - (Creaciones Libres / Galanda, Eliana; Scheines, Nicolás; 1)

ISBN 978-987-86-1212-6

1. Narrativa Argentina Contemporánea. 2. Novelas de Suspense. I. Título.
CDD A863

© 2019, OyD Ediciones

© 2019, Julián Ciocia

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

Impreso en la Argentina.

Dirección editorial y corrección: Eliana Galanda y Nicolás Scheines

Dirección de arte y diseño de tapa: María José Galanda

Maquetación: Gabriela Florencia Calvo

Dibujo de portada: Julieta García

Fotografía de solapa: Macarena Piazzese

OyD Ediciones forma parte del portfolio de servicios literarios de

De la ortografía y otros demonios.

www.ortografiaydemonios.com.ar

editorial@ortografiaydemonios.com.ar

Olazábal 4477 7ºB, Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

—Vos y yo tenemos algo en común, algo muy importante.
Palabras que Martín escuchó con sorpresa, pues ¿qué podía tener él en común con aquel ser portentoso?

Alejandra le dijo, finalmente, que debía irse, pero que en otra ocasión le contaría muchas cosas y que —lo que a Martín le pareció más singular— tenía necesidad de contarle.

ERNESTO SABATO

Sobre héroes y tumbas

—Lisa, ¿me desprecias?—le pregunté, mirándola a los ojos y temblando de impaciencia por conocer su respuesta. Ella enrojeció y no contestó nada.

FIÓDOR DOSTOYEVSKI

Memorias del subsuelo

CAPÍTULO 1

Quiero adelantarme a ustedes, a cualquiera que lea esto, para advertirles que no voy a transmitirles ningún tipo de mensaje positivo. Puede ser, y así lo creo, que quienes continúen la lectura sean únicamente seres que padecieron historias de amor. Los que sintieron el calor, la dicha de amar en el completo sentido de la palabra. Pero que también, mediante mecanismos (imperceptibles a nuestros ojos, pero reales) acabaron en una miseria espiritual y psicológica similar a la mía.

Me resulta fascinante encontrarme acá sentado, y poder relatar estos hechos que conviven conmigo, atrofiando mi mente día tras día. Pero es sabido, aunque detesto dar un ejemplo racional para algo que excede la razón, que como refirió Heráclito: «Todo irremediamente va hacia su contrario». Y esta fascinación con la que escribo mi historia, pronto será un motivo de desgano, de angustia y de dolor. Los síntomas de mis miserias van a ser desparramados a medida que continúe. Será más bien

una tortura. Lo siento por ustedes, por los que sigan, verdaderamente es lo único que puedo decirles. Ya que detenerme es imposible. Si no relato, mi cordura, lo poco que queda, me va a llevar hacia un abismo. Al mismo del cual salí, y hacia donde vuelvo.

Mi historia con Romina Villegas no es ordinaria. Comenzó con un encuentro «casual», parecido al que viví con Mariela meses después. Es sabido que las casualidades, si es que existen, tienen un motivo incierto. En mi caso, no sé si la casualidad jugó a mi favor o en mi contra. Todo depende desde qué punto de vista se lo analice. Pero ciertos hechos confirmaron que mi pronto amorío había sido definido por, llamémoslas, *entidades superiores*, desde mucho tiempo atrás.

La tarde del nueve de diciembre, en el mismo café donde todo terminó, fue cuando la conocí. No recuerdo el nombre del lugar. Quizás se deba a la contraposición de sentimientos que representa. Lo único que tengo claro es que estaba ubicado cerca del cementerio Recoleta.

Ella estaba con un pequeño grupo de personas y conversaban en voz alta. Yo leía *La tregua*, ubicado en un rincón apartado, pero de tanto en tanto me veía interrumpido por sus voces.

Luego de un rato, me levanté para increparlos por su desconsideración, y quedé paralizado cuando la vi por primera vez. Casi puedo describir el encuentro como uno de novela romántica.

Me senté nervioso y fingí concentrarme en el libro, aunque era imposible no dirigirle la mirada. Al rato, ella se retiró junto con su grupo. Eran

dos hombres y dos mujeres. Y en todo momento me pregunté qué serían. ¿Amigos? ¿Amantes? ¿Podía ser que alguno estuviera con ella?

Uno de ellos aparentaba unos cuarenta años, y tenía un gesto muy altanero. Me fue muy fácil distinguir que era él quien llevaba adelante esa reunión. A su lado había una mujer mucho más joven que él. A juzgar por el modo en que ella le sostenía la mirada mientras él hablaba, podría jurar que era su pareja, o que, mucho peor, mantenían algún tipo de relación extraña, en la que ella presentaba un tipo de fanatismo hacia él. Enfrente de ellos había un joven de espalda muy ancha al que me costaba ver con precisión y, a su lado... *ella*. La única mujer que cambiaría mi mundo por completo. Y puedo jurar que me observaba de reojo cada vez que podía mientras el sujeto a su lado hablaba.

Desde esa tarde, viví de su recuerdo. La pensaba día y noche, esperando volver a encontrarla. Y para mi alivio, la volví a ver pocos días después, en otro encuentro *casual*.

La crucé en el tren Mitre, una mañana del mismo mes.

—Hola —la saludé.

Ella me miró incómoda. En primer lugar dirigió su brazo hacia la cartera, como si quisiera prevenirse de un posible robo. Luego volteó hacia atrás, pensando que le hablaba a alguien más.

—¿Me hablaste a mí?

Varias personas curiosas giraron para ver, pero esto no condicionó en lo más mínimo mi actitud. Era incapaz de sacarle los ojos de encima, y le tendí mi mano. Ella la estrechó con cierto recelo y desconfianza.

—Leandro —dije.

—Romina. ¿Nos conocemos?

Qué torpe resulta narrar estos acontecimientos. Me hacen sentir despreciable y asqueroso. Qué forma tan vulgar de abordar a una mujer tan especial como ella. Presentándome tristemente en un sitio poblado de personas sin nombre. Poco importaba quiénes fueran, ya que jamás volveré a reconocerlas. Estos malditos entes podrían ser los mismos día tras día y transitar por mi vida sin siquiera percatarme. En cambio, ella ahora pertenecía a otro tipo de persona. Y es que cuando conozco a alguien, me es preciso imaginarme a esa persona en el futuro. Con todas las responsabilidades que conllevaría darle un papel en mi vida, sus defectos y sus virtudes.

Quiero describir a Romina, ya que no lo hice en el comienzo de mi historia. Es importante que tengan una imagen fotográfica. De otro modo, jamás podrán comprender cuán perfecta era en todos sus aspectos. Era bastante alta, casi de mi estatura. De ojos color marrón y morocha. Tenía una nariz corta, con una terminación puntiaguda y una leve protuberancia en su centro. Sus pómulos eran redondeados, y se le formaba un arco extraño cerca de la boca. Era muy particular el contorno rosado de sus labios, y también los pequeños hoyuelos que se le hacían en las mejillas cuando sonreía. Las cejas eran finas y una sombra discreta las cubría por debajo. Mirada pasiva y, a la vez, amorosa. Aunque cuando se enojaba se volvía salvaje. Tenía una forma de caminar confiada y desinhibida. Parecía ser la dueña del mundo. Manejaba con total confianza su

CAPÍTULO 1

alrededor, y lo hacía de tal modo que era imposible no fijarse en ella en cuanto llegaba. También tenía una costumbre compulsiva, que resultaba grandiosa: cuando quería decir algo que no podía, se frotaba las manos. Pero lo hacía de un modo tan tranquilo y tan calmo que era como un movimiento inconsciente. Ese pequeño gesto... me entusiasma de solo pensarlo. ¡Qué poco necesitamos los seres humanos para sentirnos bien!